

El carnaval de Autlán. Pasado y presente

Ernesto Medina Lima
Cronista de Autlán

El pasado

Recién se había reinstalado la administración republicana en Autlán, lo cual ocurrió el 8 de diciembre de 1866, cuando en cumplimiento del acuerdo de Cabildo, tomado el día 3 de enero de 1867, compareció el Ayuntamiento por medio de oficio fechado el mismo día ante el jefe político Miguel Paz, solicitando licencia para organizar las fiestas de toros de ese año. Presto atendió el jefe político tal solicitud, contestándola al siguiente día en estos términos:

Conforme a los deseos de la Corporación, he tenido a bien conceder la licencia necesaria para la celebración de las fiestas y en lo tocante a las disposiciones consiguientes, como son: Reparto de plaza, distribución de toros y todo lo demás concerniente, he tenido a bien comisionar a la misma Corporación.¹

Rápidamente también actuó el Ayuntamiento. El día 11 de enero, nombró las comisiones responsables de la organización de los diversos eventos, como corridas de toros, cultos y recibimientos, además de la comisión responsable de la construcción de la plaza de toros, teniendo distribuidos los recibimientos con sus correspondientes responsables, presididos por un municipio con funciones de "Privativo".

Quedó establecido que para los recibimientos se cotizaría a los vecinos, cuidando de no gravar a los artesanos "con expensas desproporcionadas a sus po-

1. Archivo Histórico Municipal de Autlán (en adelante AHMA), año 1867.

sibles”; que no se gravara con cuota alguna “al bello sexo” y que la suma reunida “se distribuyese entre todos los recibimientos con igualdad”.

Todos los aspectos y detalles inherentes quedaron precisados en un reglamento que simplemente tituló *Acuerdo*, repito, el día 11 de enero, no obstante que las fiestas se iniciarían hasta el lunes 25 de febrero.

Interesante e ilustrativo es el contenido de dos documentos: el *Dictamen*, rendido por la Comisión de Recibimientos, y el susodicho *Reglamento o Acuerdo* del Ayuntamiento.

Se habla de que las personas a quienes toque recibir, irán acompañadas del munícipe a quien en turno le corresponde presidir con carácter de “Privativo”, llevando la chirimía y las demás músicas que contraten, y traerán los toros “al local destinado para recibir” (de ahí el nombre de recibimientos), donde ya estarán disponibles vinos y refrescos, que se repartirán entre el dueño o los dueños de los toros, vaqueros, músicos, guardias y concurrentes, no estableciendo excepciones ni límite de consumo.

Se agrega que

el recibimiento terminará a las once y llevarán los toros a la plaza en el mismo orden que se trajeron al local de recibir [por eso la denominación de toro de once], terminando el toro de once a las doce o una de la tarde.²

2. *Idem.*

Y también se habla de cómo se acondicionará con mantas el salón para los recibimientos, las cuales se levantarán en el día a fin de que el salón tenga vista para el público, o sea, al exterior, y que en la noche, para el baile, quede velado, estableciendo que se invite a los vecinos con la anticipación debida “para que en junta se vea con lo que se cuenta para dicho fin”.

Ilustrativo, en cuanto a la conformación de los grupos -desde entonces llamados gremios para efectos de la organización del carnaval-, entre los cuales se distribuyeron los nueve días de las fiestas de ese año, ya que por medio de esa relación podemos conocer los

estratos que formaba la sociedad autlense de aquellos tiempos.

Carpinteros, herreros, obrajeros, tocineros y albañiles, así como sombrereros, plateros, zapateros, talarbarteros y curtidores; y barberos, coheteros, panaderos, vinateros y hasta tahúres, que también los había y quedaron incluidos, sin faltar los labradores y "resto de artesanos".

Además, señoritas y músicos, uno de esos días; comerciantes, otro día; y empleados, jueces y militares, otro día más, el último, o sea el Martes de Carnaval, incluyendo en este último grupo o gremio al propio jefe político, Miguel Paz.

Era, por consiguiente, una fiesta del pueblo, de todo el pueblo, resultando asimismo muy interesante ver el corte de caja que prontamente rindió la Comisión de Recibimientos, pocos días después de concluido el carnaval, acompañado por comprobantes tanto de ingresos, que ascendieron a \$32.93, como de egresos, que sumaron \$ 10.72, aunque no dice a dónde se canalizó el remanente.

No se encuentra información, noticias o crónicas sobre el desarrollo o sobre los resultados de las corridas de toros, pero lo anterior basta para darnos una idea general de aquellos carnavales, fiesta del pueblo que se remontaba oficialmente a treinta y tantos años antes, cuando en 1831 el Ayuntamiento concedió permiso a un vecino de apellido Mardueño, para llevar a cabo diez corridas de toros con la condición expresa de que terminaran el Martes de Carnaval.

Pero la fiesta tal vez ya venía de muchos años atrás. Cabe suponerle respetable antigüedad, porque el día 19 de diciembre del propio año 1867, ocurrió ante el Ayuntamiento, por medio de un escrito, un numeroso grupo de vecinos expresando sus deseos de organizar el carnaval del año siguiente. Dicen que "desde *inmemorial*³ tiempo está establecida en esta ciudad la costumbre de celebrar las fiestas que concluyen en el carnaval".⁴ El término "inmemorial" nos lleva a establecer que el carnaval de Autlán es tan antiguo que no

3. Subrayado por el autor. (N. del E.).

4. AHMA, año 1867.

5. Subrayado por el autor. (N. del E.).

hay memoria de cuándo comenzó, y también aseguran que, hasta donde las circunstancias que privaban en nuestro país en aquellos años lo permitían, era cada año su celebración, pues el ya para entonces jefe político, Filogonio Rodríguez, al conceder la correspondiente licencia dice que es “para celebrar las fiestas que *todos los años*⁵ en la temporada del Carraval tienen lugar en esta ciudad”.

Y no así como así se privaba la gente de esa diversión, pues años antes, en 1847, habiéndose desatado una pertinaz lluvia durante los días del carnaval, que motivó la suspensión de la fiesta poco después de haber empezado, el Ayuntamiento conoció el día 15 de febrero, según reza el acta del Cabildo,

un memorial de D. Francisco Ortiz i socios pidiendo se prolonguen los días de fiestas en razón de que los pasados se nulificaron por la lluvia perenne que cayó en ellos. Se acordó de conformidad, con escepción del viernes en que no habrá corrida de toros avisándose al Director [del Departamento] para su conocimiento lo mismo que al público.⁶

6. AHMA, año 1847.

La excepción del viernes indudablemente se debió a que ya era viernes de cuaresma.

Lo expuesto es suficiente para saber que nuestro carnaval, aparte de su antigüedad y de ser una auténtica fiesta del pueblo, siempre ha sido taurino y que desde entonces se ha hecho en forma organizada, con seriedad y tratando de mejorarlo en todos sus aspectos.

Así, el año 1887 vino a lidiar las corridas, por primera vez, un torero vestido de luces y con la clásica y luenga coleta natural: Manuel Villarreal “El Nene”. Debe haber causado admiración y atraído mayor cantidad de espectadores, aunque no se tienen noticias fidedignas de otros matadores vestidos de luces hasta el carnaval del año 1900.

De entonces para acá ya todos lo hicieron así, lo mismo que sus subalternos, viniendo las cuadrillas generalmente completas, es decir, dos matadores con sus correspondientes picadores, banderilleros y los llamados entonces arrastradores.

La plaza de toros se construía con adobes, madera

y petates, y se desmantelaba al terminar las fiestas, año con año. Era una plaza trashumante.

Las primeras noticias se las debemos a Felipe Uribe, quien habla de que estuvo en el centro de la ciudad, en el lugar que ocupa actualmente el Mercado Juárez. Luego en el extremo poniente, en el barrio de Los Huizilacatas; enseguida por el sureste, en la Plaza del Camposanto, que ahora es la Alameda, para trasladarse otra vez al centro, por la calle de Las Parejas, hoy Corona Araiza, entre las de Nicolás Bravo y Gómez Farías, lugar donde se encontraba el año 1910 y se dio el lujo de ostentar el nombre de Plaza de Toros "El Renacimiento".

Continuó así hasta los años treinta; el año 1932 se construyó en un corral en la manzana frontera al costado sur del jardín principal, conocido como "Corral de Los Topete" (apellido de sus propietarios), siendo hasta el año 1939 en que el presidente de la entonces Junta de Mejoras Materiales, José Iñiguez, compró para el Municipio el terreno donde se encuentra ahora en forma definitiva.

Desde la reinstalación de la República se disfrutó de paz, y para 1910, la fama del carnaval de Autlán de la Grana había trascendido a toda la región.

Los ganaderos escogían los mejores toros de sus hatos para traerlos aquí donde había ya aficionados muy buenos, varios de los cuales estaban organizados en una cuadrilla dirigida por un pulquero muy conocido y notable aficionado, Leobardo Aguila, alias "El Tagüinche", cuadrilla que luego de haber andado en placitas de haciendas y hasta en Pueblo Nuevo (Hoy Cuautitlán de García Barragán), toreó aquí con gran lucimiento en el carnaval de 1910.

Y de renombre eran los recibimientos en honor del ganadero que galantemente facilitaba los toros para la lidia. Jaime Llamas, quien vivió esos años, dice que "a principios de siglo los recibimientos llegaron a realizarse en las casas elegantes de los señores Topete, yendo damas como caballeros ricamente ataviados", así como en un elegante mesón hotel, el Hotel Turco,

7. "Gajo de historia", en *Revista Autlán*, febrero de 1973.

ubicado en el centro de la ciudad y otros más en el Hotel Concordia.⁷

Es de suponerse que se trata de los recibimientos de la gente del mayor nivel económico y social. Los de gremios de artesanos, asalariados y jornaleros continuaban efectuándose en locales modestos como la Plaza de Gallos, las casas de algunos de ellos, o solares acondicionados para la fiesta, en los que con frecuencia utilizaban las entonces populares y famosas "tarimas", para zapatear a su gusto.

Pasada la euforia del centenario del Grito de Independencia brotaron las primeras manifestaciones de descontento contra el régimen de Porfirio Díaz, y el mes de noviembre se registraron algunos disturbios que no pasaron a mayores. Se efectuó el carnaval de 1911, y durante la cuaresma hubo dos corridas más, en una de las cuales se presentó la primera mujer torera que se veía aquí: Margarita García "La Revertita", y otra mujer, Juana Chávez, para no quedarse atrás, jineteó un toro.

Un mes después se cruzan aquí los primeros disparos de la Revolución, al tomar la plaza, el día 25 de mayo, el jefe maderista autlense Isidro Michel. Se rompe la larga paz porfiriana. Surge el cabecilla Pedro Zamora, toma a sangre y fuego poblaciones comarcanas, amaga la plaza de Autlán y finalmente la toma el 22 de mayo de 1914.

Se suspenden los carnavales dos años consecutivos. Empero, la costumbre de la fiesta ya está muy arraigada y el susodicho año 1914, con Zamora amenazante en las cercanías, los vecinos se las ingenian y hacen tres corridas de toros en la Plaza de Gallos, lidiadas por aficionados locales entre quienes se luce como matador Eusebio González, alias "El Birriero".

Y así estuviese ya muy arraigada la costumbre de gozar año con año del carnaval, en los años siguientes hubo de suspenderse. Primero estaba la sobrevivencia. A las penalidades propias de la Revolución se unió el hambre y al hambre las enfermedades. Aquí no hubo necesidad de la prohibición de las corridas de toros que

dictó Venustiano Carranza para suspenderlas. En estas circunstancias no nos explicamos cómo, el año 1918, se hayan realizado.

La época romántica

Sería hasta el año 1920, cuando ya libre la ciudad y la región de Pedro Zamora, se reanuda el carnaval que, con la sola excepción del año 1927 en que por la rebelión cristera no se efectuó, se ha celebrado año con año hasta nuestros días.

A partir de los años veinte, el renombre y la fama del carnaval de Autlán de la Grana trascendió hasta fuera de nuestro país, viviendo su época romántica que se prolongaría hasta fines de los años cincuenta.

Durante ese largo lapso, los padres llevaban a la familia a las corridas de toros, incluyendo a los hijos pequeños, en quienes nacía la afición y luego, ya mayores y a su vez padres de familia, llevaban a los suyos y así la afición se transmitió por generaciones.

El carnaval se convirtió desde entonces en una devoción, en un auténtico fenómeno social al que prácticamente ningún autlense, residente o ausente, puede sustraerse. Ninguno puede quedar indiferente. Desde que concluye el de un año, ya piensa en el siguiente.

En aquellos tiempos, nuestra agricultura, única fuente de vida, era totalmente temporalera y cuando se sufrían años de sequía, la gran masa del pueblo -los campesinos- quedaba sin dinero, sin maíz, ni frijol, ni chile y endeudada. Mas en el carnaval vendía sus gallinas o empeñaba sus escasas pertenencias para ir a los toros. Y si había emigrado en busca de su subsistencia, venía al carnaval. En los días que corren, aunque en condiciones diferentes, ocurre lo mismo.

Desde los años veinte hasta los cuarenta, el comercio cerraba totalmente desde las once de la mañana durante los diez días de las fiestas, así como el mercado, y el único cinematógrafo que había entonces dejaba de funcionar. En la actualidad, aunque la paralización de

8. *Idem.*

actividades no es total, sí se reducen considerablemente.

Organizaban el carnaval personas amantes de la tradición, en colaboración o con apoyo del Ayuntamiento. Ciertamente eran hombres de empresa, pero en lo tocante a la fiesta, antes que el interés económico los movía el deseo de ver y de vivir su “desbordante o exultante alegría”, como la califica Jaime Llamas.⁸

Llegó a ser típica la gente que constituía la empresa en esos decenios, como Higinio García Meza por más de veinte años; Eduardo Dávila, Víctor R. Hurtado, Tomás Mata, Manuel C. Valencia, Pedro Uribe Santana y otras muchas personas que sería largo mencionar. Quienes construían la plaza, como José Gómez Llamas y Félix Sevilla, como también el personal de la plaza, destacando Jesús y José Rodríguez “Los Pericos”, padre e hijo; y los lazadores, desde el legendario Miguel Aceves Galindo, caballista de fama nacional quien radicó aquí y organizó, el año 1923, la primera Asociación de Charros de Autlán, hasta otro personaje singular, Alejandro Uribe; y los hermanos Angel y Pedro, Juan y Victoriano Durán, lazadores. Típicos también los vendedores del interior de la plaza, pregoneros anónimos de bolas de maíz, jocuixtles, cacahuates, jícamas, aguas frescas y copas de aguardiente.

Como carnaval único en sus características, atraía mucha gente más. Aquí encontraba, además de la hospitalidad excepcional de los autlenses, un espectáculo muy diferente al de los carnavales de Veracruz, Mérida o Mazatlán. Norteamericanos acostumbrados a los rodeos de Texas, venían sólo para admirar a nuestros jinetes y lidiadores del toro de once.

Los jinetes montaban a toro tirado, pialado y con los cuernos descubiertos, a mano limpia sujetándose del pretal. En fracciones de segundo, al levantarse intempestivamente el animal, tenían que encontrar el equilibrio necesario y apretar las piernas con la fuerza suficiente para aguantar sus reparos, muchas veces sin coleo, a lo cual seguía la lidia del mismo toro, a poncho,

a la usanza ranchera regional, o con un simple sombrero.

Contagioso era en el gusto inocente de los paseos de la farola, artística e ingeniosamente pintada, iluminada en su interior y llevada a pie por el gremio al que correspondía el siguiente día de la fiesta, con la Banda de Música y una carreta cargando un pipón lleno de ponche de fruta para obsequiar a todo el mundo, ponche con el que, algunas ocasiones, se llenaron las pilas del jardín principal.

Excepcionales sus saraos (recibimientos y bailes), donde todo era gratuito. Los del gremio al que correspondía, a semejanza del siglo anterior, previamente se habían cotizado para brindar a sus invitados música, bebida y comida en abundancia.

Sus maravillosas serenatas, con nutridas filas de muchachas y de muchachos caminando apretadamente en el jardín principal, en sentido opuesto, en absoluto orden, lanzándose delicadamente serpentinas y confetti en tal abundancia que el piso del jardín, en los años veinte y treinta, quedaba cubierto con una capa de varios centímetros de espesor. Costumbre muy arraigada entre los jóvenes, en esas serenatas, era ofrecer ramilletes de flores a las muchachas, particularmente de violetas o de gardenias.

A la distribución tradicional de los diez días entre los diversos grupos o gremios, el año 1921 se abrió espacio a un nuevo grupo que revolucionaría la fiesta, dándole una proyección diferente, inyectándole mayor entusiasmo y que en el aspecto puramente taurino le dió otra dimensión: el gremio de "Los Pollos", o sea, los jóvenes de la ciudad, cubriendo en exclusiva el día viernes. Al respecto, Rubén Valencia Luna dice:

Este era el festejo máximo de las fiestas. Entonces no era una pachanga [refiriéndose al nivel al que había descendido cuando lo escribió]. Los aficionados salían a torear y a exponer el pellejo. Presidían la corrida cuatro hermosas reinas o manolas. Su paseo en el ruedo era un espectáculo maravilloso. El público de pie las ovacionaba. Toda la concurrencia esperaba el fin de la corrida para admirar la salida de las reinas, que tenía un ceremonial semejante al de la entrada.⁹

9. "El olor a petate y ponche", en *Revista Autlán*, febrero de 1973.

Otro ceremonial que implantaron "Los Pollos", fue la entrega de la llave de la plaza, que hacía alguna de las reinas al alguacil, quien en traje charro de gala y sobre hermoso caballo, luego de que ellas habían tomado acomodo en el palco de honor, partía plaza a galope tendido parando en seco frente al palco. Recibía la llave, retrocedía en recula hasta el centro del ruedo, de ahí tomaba a pasos laterales hacia la derecha, luego hacia la izquierda, volviendo al centro para retroceder en recula hasta la puerta de cuadrillas figurando una cruz y encabezar enseguida el desfile de éstas.

Y además, en su primer año de presencia en nuestras fiestas, "Los Pollos" coronaron la primera reina de carnaval, que fue la señorita Piedad Arias, a quien acompañó como princesa la señorita Teresa Pelayo, mismo gremio que presentó también la segunda reina el año 1928, señorita Laura Villaseñor, acompañándola como princesas las señoritas Rosa García Merino y Herlinda Godoy, con la circunstancia de que para su entrada al ruedo se tendió una alfombra de terciopelo blanco, desde la puerta de cuadrillas hasta el palco de honor, situado al frente.

Y el año siguiente, 1929, se abrió espacio, el día sábado, a otro gremio que en algunos aspectos de la celebración de su día tenía semejanzas con el gremio de "Los Pollos", pero en otros, diferencias que hasta cierto punto motivaron competencia entre ambos, que redundó en mayor esplendor del carnaval: el gremio de choferes. Al respecto, Rubén Valencia Luna sigue diciendo:

Los choferes, cuya corrida se implantó posteriormente, aunque observaban el mismo ceremonial para la entrada y salida de las reinas o manolas, era diferente en la lidia, que tendía a ser siempre cómica, renovándola cada año con ingeniosas ideas en el paseo de las cuadrillas, que hacían reír a todos los espectadores.¹⁰

10. *Idem.*

El carnaval del año 1940, previo permiso del Ayuntamiento, fue organizado por la empresa en la forma tradicional: ocho novilladas y las corridas de "Pollos" y choferes. Ya cercano su inicio, ya levantada la plaza

de toros, el Presidente Municipal quitó a la empresa el día Martes de Carnaval para pasárselo a otra, organizada a última hora, que había contratado a los matadores Alberto Balderas y Chucho Solórzano.

La empresa original, aunque en principio pensó suspender las fiestas, optó por contratar a los mismos matadores para el domingo inmediato anterior al Martes de Carnaval, así que la afición autlense vio las dos primeras corridas de toros llamadas "formales", de imborrables recuerdos y que escritas están con letras luminosas en los anales de la historia taurina de nuestro pueblo.

El presente

Actualmente se montan cinco corridas formales y otras tardes se realizan festivales con artistas de cine, radio o televisión, pero se han suprimido las que por muchos años fueron las más atrayentes, por bonitas, corridas del carnaval: Las de "Pollos" y choferes. En parte, porque degeneraron hasta convertirse en simples "pachangas", como las calificaron Rubén Valencia y muchas personas más, y en parte, quizá la principal, por el interés económico. Se resolvió, con criterio comercial, que conviene más una corrida de toros "formal" o un festival de esos, que rescatar una tradición.

Se ha enriquecido el carnaval con hermosos desfiles de los jardines de niños y la presentación de sus manolitas en la plaza de toros, pero murieron las serenatas, desaparecieron los recibimientos y bailes de los gremios.

La farola es paseada actualmente a bordo de vehículos, casi siempre sin iluminación y sin las pinturas y frases ingeniosas de ayer; y el toro de once, dentro del ruedo, quedó en una copia de los rodeos gringos.

Por otra parte, en la actualidad cada año se corona una reina del carnaval. Desde 1921 hasta 1951, sólo hubo dos reinas. Bastaba con las guapas muchachas que presidían como reinas las corridas de "Los Pollos"

y de los choferes, quienes eran admiradas, respetadas y aplaudidas en el lugar donde se presentasen. Ser reina de una de aquellas corridas era un honor y un privilegio, y en el decenio de los veinte, varias de ellas se dieron el lujo de lucir auténticos peinetones y mantones sevillanos, y en algunas ocasiones, legítimos mantones de Manila.

El año 1952 se instituyó oficialmente la elección anual de reina del carnaval a base de votos con un determinado valor. A este certamen se canalizó también la competencia de "Pollos" y choferes, alcanzando en varias ocasiones altos resultados económicos.

Al paso de los años, los locales donde se realizaban recibimientos y bailes empezaron a ser insuficientes y a considerarse inadecuados, circunstancias que movieron a un emprendedor grupo de vecinos para construir el Casino Autlense, que fue inaugurado el año 1955. Se empezaron a traer orquestas de la capital, y hasta principios de los ochenta, ya con un salón de baile más en la Sociedad Mutualista, se trajeron todas las grandes orquestas de la capital del país, de Guadalajara y de otras capitales.

Además se organizó, en septiembre de 1973, la primera Peña Taurina de Autlán, que dos meses después ya había establecido una escuela taurina. Ese grupo no tuvo larga vida, pero once años después se organizó otra que aún subsiste: la Peña Taurina Autlán de la Grana.

Esta asociación también estableció escuela taurina y ha emprendido algunas acciones, como reza su lema, por la dignificación de la fiesta brava, contándose entre éstas la aprobación, por parte del actual Ayuntamiento, del primer Reglamento Taurino de la ciudad.

Ha habido, pues, peñas taurinas, escuelas taurinas y ha habido matadores de toros y novilleros autlenses (aunque no en abundancia, como la tradición taurina de Autlán lo hace suponer), y numerosos aficionados prácticos, valientes y artistas, que en aquellas corridas de "Pollos" y choferes hicieron brotar gritos de emoción y palmas de entusiasmo de los espectadores.

A la fecha, nuestra plaza de toros, está calificada como la más importante del estado, fuera de la capital. En ella han toreado prácticamente todas las grandes

figuras de México y de España, de Perú y de Venezuela. Ha atestiguado triunfos apoteóticos, como fracasos lastimosos, y en los toros de once ha gozado raudales de alegría, como sufrido algunas tragedias de sangre.

Manuel Benítez, "El Cordobés", toreó aquí antes que en la capital del estado y aquí se ha dado la alternativa a nuevos matadores de toros. La primera en el carnaval de 1955, cuando Alfredo Lomelí la concedió al español Francisco Sánchez "Frasquito", atestiguando Armando Ramírez "El Loco".

Nuestro carnaval genera importante ingreso monetario a la ciudad. No todas las actividades económicas resultan beneficiadas, ni lo son por igual. Los más favorecidos son los establecimientos de servicios.

Otros beneficiados son los propietarios o arrendatarios del Salón Mutualista y de los llamados "salones disco" que han desplazado al tradicional Casino Autlense y a otro auditorio construido después. Ellos organizan los recibimientos, a los que sólo les quedó el nombre y ahora son de lucro, y bailes por la noche con conjuntos modernos (de ruido) a los que son tan afectos los jóvenes de hoy. El gusto ha cambiado y ya no se traen orquestas de baile como en el pasado, salvo para el baile de la noche de coronación de la reina.

Los músicos también obtienen buenos ingresos, no obstante la competencia de incontables bandas y banditas de tamborazo y mariachis que vienen de todos los vientos, hasta de lugares lejanos, pues organizados en grupos o conjuntos de música moderna (de ruido), amenizan los recibimientos y bailes, todos los cuales, repito, ahora son de lucro.

En cambio, el comercio establecido, excepto el de productos alimenticios, se paraliza. Anteriormente las tiendas de ropa y calzado y hasta de joyas y perfumes, se surtían con anticipación para atender la gran demanda que se observa desde las semanas anteriores al carnaval, y los sastres, modistas y costureras tenían mucho trabajo. Ahora las vías de comunicación permiten a la gente surtirse en la capital, además que la forma de vestir es muy diferente.

La plaza de toros, punto central de todas las activi-

dades del carnaval, es la que obtiene y genera los mayores ingresos. En los recientes años de bonanza económica se suscitaban tumultos para la entrada de la gente y registraba llenos hasta la azotea.

Allá, a fines de los años cincuenta, cuando su construcción ya iba muy avanzada y ya era administrada por la Junta de Mejoramiento Moral, Cívico y Material, nació y fue creciendo el interés de muchos individuos por obtener puestos directivos, particularmente su Presidencia.

También intervinieron políticos influyentes para incrustar su gente, ocurriendo el año 1963, en que ya elegida nueva Junta de acuerdo con la ley y hasta habiendo anunciado esa misma Junta el carnaval, vinieron recomendaciones superiores que dejaron sin efecto la elección, a fin de que siguiese funcionando la Junta anterior.

En enero de 1983, el Ayuntamiento sufrió hostilidad de un grupo de ciudadanos inconformes con el resultado de los comicios municipales, por lo que en previsión de algún desorden que pudiese surgir en la asamblea para la elección de nueva Junta, en uso de sus facultades asumió directamente el manejo de la Plaza de Toros, como propiedad municipal que es, poniéndola en manos de un Comité Administrador que funcionó hasta el carnaval de 1992.

Para el presente año, el Ayuntamiento optó por crear un Patronato Organizador del Carnaval, designando sus dirigentes y completándolo con representantes nombrados por las diversas asociaciones de la ciudad, de manera que podemos decir que es un organismo plural, representativo de la sociedad autlense.

Este año, con menores entradas que los carnavales anteriores y con precios iguales y en algunos conceptos menores al año pasado, este Patronato entregó al Ayuntamiento como remanente, sólo de los diez días del carnaval, N\$ 300,000.00 en números redondos. Esta cantidad, más N\$ 53,000.00 recaudados por la Tesorería Municipal por pisos y licencias, fortalecieron la economía de la municipalidad y se reflejarán en obras para beneficio de la colectividad.

En cuanto al origen y fundamento de nuestro carnaval, que son las corridas de toros, la llamada fiesta de oro, seda y sol, la fiesta calificada como la más hermosa de todas las fiestas, lamentablemente no ha escapado de la degradación a que ha caído en todo el mundo taurino, a la que no son ajenos toreros, ganaderos, apoderados y grandes empresarios y el propio público.

Ha venido cayendo en una especie de *vaudeville* o de circo, con música folklórica que el público pide y hasta exige y que desgradaciadamente hasta los propios toreros la exigen también, particularmente aquellos que la necesitan para encubrir su mediocridad.

Mas aquí, en nuestra ciudad, subsiste cálida y afectiva, profunda y sincera, la hospitalidad de los autlenses nunca desmentida; y subsiste también el prestigio de ofrecer un carnaval de singular alegría dentro del orden y sin hechos de sangre que lo mancillen.

Colofón

La música tradicional del carnaval es la de "Los Papaquis". En aquellos tiempos, por los años veinte y treinta, cuando la gente era quizá más sencilla y más sensible y aquellos hermosos carnavales penetraban más profundamente en su alma; cuando lidiado el último toro del Martes de Carnaval la Banda de Música tocaba "Las Golondrinas" no eran pocas las personas que derramaban lágrimas.

Y desde el día siguiente, Miércoles de Ceniza, entrada la Cuaresma, tiempo de penitencia, y por varios días más, se oía a los vagos cantar por las calles, con la música de "Los Papaquis", este estribillo:

"Ya se acabaron las fiestas,
ya quitaron los tablados.
Aprevéngase las viejas
pa' que acusen sus pecados".

Las viejas, porque los viejos no tenemos pecados que acusar.